

EL RESPETO FILIAL.

Una de las formas de la misteriosa alianza del alma humana y las cosas divinas, es el respeto que Dios quiso establecer entre él y el hombre, creándolo libre á su imagen y semejanza; respeto que, como el amor, constituye á la vez un lazo y una barrera entre el cielo y la tierra; es el respeto á lo bueno, á lo verdadero, á lo grande, á lo bello; primero en Dios, despues en sus obras, y principalmente en la mas perfecta de ellas; en el hombre mismo, en sus semejantes.

Es evidente que Dios no creó al hombre para el desprecio, la denigracion ni el odio. ¿Quién pudo pensarlo jamás? El respeto fué la ley de su vida; pero de tal manera, que aun el desprecio al mal es en el corazon del hombre respeto al bien.

Toda la teoría divina del órden moral, social y religioso, se funda en la gran ley del respeto. Ved la sociedad civil, la religiosa, la doméstica; no hay grandeza, virtud ni deber, fuera de la ley del respeto; sí, todo lo noble, elevado y generoso, se comprende en ella. El mismo Dios se respeta en las leyes que nos ha impuesto; y sus sanciones severas son el testimonio del respeto que se dá, y que extiende hasta nosotros, porque respeta nuestra libertad, nuestro corazon, nuestra inteligencia, es decir, que se respeta en nosotros, que no somos solamente la obra de sus manos, pues nuestra libertad, nuestra inteligencia y nuestro corazon son la imagen de su gloria. He aquí por qué nos respeta, dice la Sagrada Escritura: *He aquí por qué, Señor, tratabais á nuestras almas con tan gran respeto.*

Sin el respeto, que es la condicion de todas las virtudes y el alma de todas las leyes, no hay nada digno, elevado y puro; todas las desgracias, todos los desórdenes, todas las iniquidades, todos los vicios, todas las impudencias, se desbordan; pero en cambio basta el respeto para la inspiracion de las mas nobles virtudes, y el cumplimiento de los mas santos deberes.

El amor no reemplaza ni suple al respeto; el amor lo perfecciona, pero el respeto conserva al amor. Los dos afectos que Dios ha bendecido mas sobre la tierra, lo mejor que hay en la familia, lo que la constituye y la protege, el amor conyugal y el amor filial, perecen sin el respeto. Cuando Dios creó la familia, le dió por base fundamental la ley de un triple respeto: primero el conyugal de la muger al hombre, que es su gefe; del hombre á la muger, que es su pura y noble compañera; y en ambos, el mas misterioso, el mas tierno de los respetos, el respeto á los hijos; pero en cambio, el respeto filial, el respeto sagrado del hijo á su padre y á su madre.

«Despues de la Divinidad, dice Platon en sus Leyes, es menester honrar ante todo á los autores de nuestros dias durante su vida; esta es la primera, la mas grande, la mas indispensable de todas las deudas; es menester persuadirnos á que todos los bienes que poseemos pertenecen á aquellos de quienes se ha recibido el nacimiento y la educacion, y que conviene consagrarlos sin reserva á su servicio, empezando por los bienes de la fortuna, viniendo despues á los del cuerpo, y en fin, á los del alma, devolviéndoles así con usura los cuidados y trabajos que nuestra infancia les costó, y redoblando nuestras atenciones hácia ellos á medida que las necesidades de su edad las reclamen. Hablemos constantemente á nuestros padres con un respeto religioso, cedamos á su enojo, dejemos un libre curso á su resentimiento, sea que lo demuestren por palabras ó por acciones; y consideremos que un padre que se cree ofendido por su hijo, tiene derecho á irritarse contra él.

Empero por dulce y bello que sea el lenguaje de Platon, hay uno mas bello y mas dulce aun: el de la Sagrada Escritura:

Honra á tu padre y á tu madre, como el Señor te lo ha mandado, á fin de que vivas largo tiempo y seas feliz en la tierra que el Señor tu Dios te dará.

Honra á tu padre y á tu madre, porque este es el primer mandamiento á que Dios ha unido una promesa.

Honra á tu padre con todo tu corazon y no olvides jamás los dolores de tu madre.

Acuérdate de que sin ellos tú no hubieras nacido, y devuélveles todo lo que ellos han hecho por ti; de este modo atraerás sobre tu cabeza la bendición de tu padre y ella descansará sobre ti para siempre.

La bendición del padre asegura la prosperidad de sus hijos; pero la maldición de la madre los arranca de la tierra.

El que honra á su padre verá su vida prolongarse; y el que obedece á su padre será la alegría de su madre.

El hijo prudente se deja reprender de su padre; pero el insensato no oye las reprensiones ni los consejos.

Hijo mío, escucha con docilidad á tu padre, que te ha dado la vida. Presta oídos á la sabiduría y á las voluntades de tu padre, y no desatiendas las palabras de tu madre. Ellas serán como una corona de gracia en tu frente, como una cadena de oro en tu cuello.

El hombre que teme al Señor, respeta á su padre y á su madre y les está sometido como á los Señores de su vida.

Hijos, obedeced en el Señor á vuestros padres y madres, porque esto es justo.

Dios es quien ha impreso al padre un carácter que impone respeto á sus hijos, y ha afirmado sobre ellos la autoridad de su madre.

El que honra á su padre será colmado de alegría en sus hijos y Dios oirá sus oraciones. Que vuestro respeto hacia vuestro padre se muestre, pues, en vuestras acciones, en vuestras palabras y en toda vuestra paciencia.

Sereis igualmente recompensados si soportais los defectos de vuestra madre.

Desgraciado del que maldice á su padre y á su madre: la antorcha de la vida se apagará eternamente para él.

Hijo mío, guarda los mandamientos de tu padre y no abandones las lecciones de tu madre. Ténlas grabadas sobre tu corazón y pendientes de tu cuello para que te acompañen cuando andes, vigilen en torno tuyo cuando reposes y las halles al despertar.

El hijo sabio es el regocijo de su padre, y el insensato causa la tristeza de su madre.

Honrad á vuestra madre durante toda su vida, y no olvideis jamás cuántos dolores sufrió y á cuántos peligros estuvo expuesta cuando os llevaba en su seno.

El hombre que honra á su madre es como el que lleva un tesoro.

El hombre que abandona á su padre se consagra á la ignominia, y el que excita la cólera de su madre incurre en la maldición del Señor.

El que despoja á su padre y echa á su madre, es miserable é infame.

El que roba á su padre ó á su madre y dice que no ha pecado es compañero del homicida.

No os envanezcáis con nada de lo que deshonor á vuestro padre, porque nunca su vergüenza podrá contri- buir á vuestra gloria.

No entristezcáis los días de vuestro padre: sed el apoyo de su vejez.

Si su espíritu se debilita, sabed soportarle, y no le trateis con menos respeto porque os asista la razón; porque la caridad que se use con los padres no será echada en olvido.

No desdénéis á vuestros padres cuando os sentéis entre los magnates de la tierra. De miedo que Dios no os abandone aun en medio de esos magnates, y que deslumbrado con vuestra fortuna no caigais en el oprobio, sintiendo entonces haber visto la luz, y maldiciendo la hora de vuestro nacimiento.

Ved con qué vivacidad, con qué gracia arrebataadora, con qué magestad de lenguaje enumera la Sagrada Escritura los deberes de la piedad filial.

Dios, que obra perpétuamente sobre todo, lo hace á menudo por medio de sus criaturas, y para ello les comunica siempre algo de sus atributos divinos en la medida que juzga conveniente á la obra que debe cumplirse. Cuando Dios hace á un padre y á una madre autores de la vida de sus hijos, les dá cierta participación en la fuerza infinita con que ha creado todas las cosas, los hace entrar en la acción de su eterna Providencia, y los asocia á su más alto poder, al mismo poder creador; en una palabra, los hace creadores á su imagen y semejanza, y por lo tanto gefes providenciales de la familia humana.

Un padre y una madre son los representantes de Dios en la tierra, no solo porque Dios les ha dado su bondad, su tierna solicitud y algo de su soberana sabiduría para educar á sus hijos, sino tambien porque los ha hecho como sus delegados inmediatos. He aquí lo que dá á los padres y madres su venerable autoridad; y por eso, entre todos los deberes impuestos por la naturaleza y la religion á los hombres, hay uno superior á todos, y es el respeto á Dios presente en un padre y una madre: así debe comprenderse el respeto filial, que es el más sagrado entre todos los del mundo, porque es de honor, de amor, y aunque no de adoración, es un respeto religioso.

Un padre y una madre son naturalmente nuestros primeros amigos. La edad suele lle-

varlos demasiado á la tristeza; pero la presencia de los buenos hijos los reanima y los regocija. Entonces la sonrisa que mueven en los labios de sus padres y el contento que renace en sus corazones, serán el mas saludable de los placeres que pueden experimentar.

Feliz el que puede devolver á su padre y á su madre todos los cuidados que recibió de ellos en la infancia! pero mas feliz aun el que les devuelve sus sonrisas, sus caricias, sus alegrías!

J. T. L.

EDUCACION RELIGIOSA.

PRIMERA COMUNION DE UNA JÓVEN.

He aquí, madres virtuosas é ilustradas directóras, uno de los actos mas trascendentales de la educacion de vuestras hijas ó tiernas educandas! Fijad en él vuestra atención, y con el estudio y prudencia que reclama el destino eterno de las puras almas que os están confiadas, resolved con acierto cuanto conviene á que este gran suceso de la vida produzca siempre los saludables efectos de la gracia para aquellas que, purificadas una vez de las ligeras sombras con que el pecado haya podido empañar el brillo de su inocencia, aprendan el camino que conduce á la gloria, cuando su debilidad las haya arrastrado á ser víctimas de los horribles estragos de la culpa, olvidando el deber y la virtud que habreis procurado mostrarles como base única é indestructible de la verdadera felicidad.

Al amor maternal ha reservado la naturaleza inmensos privilegios; por los vínculos sobre que los ha establecido, arrastra á la madre á nutrir y fortificar con su propia sangre el cuerpo de sus hijos, y á desarrollar sus almas con las mas santas inspiraciones. Hemos consignado ya que la educacion corresponde á la madre con exclusion de todo otro agente en su delicada tarea; y para que ella sea la única persona que dé dirección al pensamiento y el alma de sus hijos, preciso es que hasta la edu-

cacion religiosa la pertenezca por completo.

La instruccion de la muger, por limitada que sea, basta siempre á la expresion y sencilla enseñanza de las primeras verdades de nuestra religion, porque el espíritu de la infancia, á quien se dirigen para que en él se graben de una manera indeleble, se mueve mas por el sentimiento que el pensamiento, mas se produce en él la inspiracion que la enseñanza; y como los fundamentos de nuestra sagrada religion han de ser mas bien inspirados que enseñados, nadie puede hacerlo mejor que el dulce é inmenso cariño de madre en el tierno corazón de sus hijos. La atenta direccion de la madre, á quien una afeccion superior á todas las que mueven el corazón humano en apoyo de las criaturas, y un interés mas ciego que el personal arraigado hasta el egoismo, proveen de fuerzas y medios sobrehumanos para marchar por el escabroso camino de sus destinos, bien puede obrar en el espíritu dócil de sus hijos la fecunda inspiracion del pensamiento de Dios, el sentimiento de su divinidad y adoracion, que vienen á ser los primeros baluartes de la fé, y la fuente pura de las demás verdades religiosas que mas tarde han de traer una completa instruccion.

La muger no puede abandonar jamás sin grave culpa el camino que la ha trazado la naturaleza de acuerdo con las eternas leyes morales del mundo, porque al dar vida en su seno á otros seres, y al proveerla á ella sola del alimento especial con que han de empezar á nutrirse, la fué encomendada tambien el cultivo del alma de sus hijos, cuya grandiosa obra no se completa sin una educacion religiosa perfecta. Para realizarla en la primera edad de la vida, es necesario conocer bien el corazón de los niños: y nadie como la madre, armada de las influencias íntimas y misteriosas con que Dios la ha dotado como uno de los atributos de su poder, penetra todos sus secretos y se hace dueña de los resortes que han de moverse para dirigirlo. Este poder y esta influencia han de respetarse hasta por el padre, para no turbar la benéfica armonia con que estas almas deben

marchar á su eterno y glorioso destino. Respete tambien la sociedad los sagrados derechos de madre y abandone á sus amorosos cuidados la educacion religiosa de sus hijos hasta el desarrollo de la razon y la conciencia, exigiéndola solo como la prenda mas segura que estudie y se penetre de la prodigiosa extension de sus deberes de madre para que, aun en medio del ruido y movimiento del gran mundo, sepa apreciar su belleza y oiga siempre el grito que no puede menos de alzarse en el fondo de su corazon para decirla: «la pureza del alma de tus hijos es el fin de tu vida.»

Pero aun hay mas. Cuando se trata de las hijas, solo una madre halla recursos en la sinceridad de su corazon y en la fuerza de su amor, para elegir lo que la conviene, vituperar y corregir lo que puede perjudicarla. Es, pues, preciso ser muger y ser madre, para sentir y comprender esas armonías íntimas que gobiernan y dirigen el corazon de una hija. Ellas forman por sí solas un mundo, en el que nadie mas que la madre es capaz de adivinar el secreto.

A las primeras verdades inspiradas se suceden luego las nociones generales de nuestra santa religion, necesarias para dirigir la infancia, y á la que mas tarde se reunirá el conocimiento completo de la doctrina que debe formar el culto á que el individuo, por su origen y su destino, ha de estar consagrado. Pero la madre basta aun para dirigir con su amor esta enseñanza, hasta que la sabiduría con que ha de completarse haga necesaria la intervencion de la Iglesia por medio de la cooperacion y sabiduría de sus ministros. Porque entonces, realizada la precisa y conveniente preparacion, llega un verdadero estudio religioso en que la gran autoridad de la Iglesia sanciona y completa la preciosa obra que se viene realizando en el seno de la familia. Pero ¿á qué tiempo y por quién ha de determinarse esta necesaria y excelente intervencion? Atended, madres de familia, que la responsabilidad es vuestra cuando no la demandais oportunamente.

Parece que la edad fija una base general para conocer cuándo es llegada la ocasion solemne, y sin embargo la experiencia os enseñará todos los dias que en cada individuo, y especialmente en vuestras hijas, es diferente, aunque próxima, esta época, por la influencia que en su desarrollo moral é intelectual han ejercido su condicion fisica, su educacion, y hasta su género de vida. La madre puede muy bien atender por sí sola á la educacion y direccion religiosa de sus hijas, en tanto que la insignificancia de sus faltas y la facilidad de su correccion inmediata estén en perfecta armonía y naturalmente relacionadas con el desarrollo de su inteligencia, porque solo este las hace capaces del discernimiento suficiente para conocer los efectos de la culpa y las ventajas de su correccion, sin que en ello tenga la parte mas principal el amoroso cariño de madre. Pero tan pronto como la razon llega á un grado de madurez que las hace capaces de conocer el bien y el mal, y dar cuenta de sus actos á su propia conciencia, para que en ella sean juzgados, es llegado el momento de dar nuevo giro á su educacion religiosa. ¿Y quién puede señalarlo? El sábio Fenelon ha significado bien claramente que solo la madre puede conocer á fondo el estado del espíritu y la conciencia de sus hijas; y que obedeciendo á sus piadosas inspiraciones, solo ella es capaz de fijar el momento en que necesitan para su alma otro guia. Mas téngase, sin embargo, presente que no basta que su espíritu haya llegado al estado que acabamos de indicar para que, sin otro motivo que lo justifique, la niña sea entregada á una autoridad hasta entonces extraña para su educacion religiosa; preciso nos parece que esta empiece por la confesion, motivada con gran tino por la madre á consecuencia de alguna falta aunque no grave de que la niña tenga conciencia en su mayor extension, á fin de que semejante acto tenga para ella toda la importancia que merece, y produzca en su ánimo el efecto extraordinario que corresponde al convencimiento de culpabilidad que de ella reclama, y sirve de único medio para corregirla.

En esto pertenece solo á la madre la mas importante decision, porque á su espíritu juicioso, en cuanto atañe á la pureza de su hija, reúne la ternura de corazón, fruto del amor maternal, guía el mas excelente en tan delicados asuntos.

Ha llegado, pues, el momento en que un nuevo director espiritual enseña con sus avisos y consejos todo cuanto conviene á la tierna jóven para conservar la pureza de su espíritu y fortalecerlo en el camino de la virtud, que ya debe seguir por convencimiento, siendo tan agradable á su corazón como horroroso debe hacerse el pecado y hasta toda apariencia del mal. En la confesion nacerá sin duda el puro é insaciable anhelo de disfrutar toda la vida los beneficios de una sumision constante á los sábios consejos del director de su conciencia, purificando mas y mas con ellos su corazón, para que en no lejano dia venga á servir de morada, aunque indigna, á Jesucristo por medio de la comunión. Porque no olvidareis, madres de familia, que del sacramento de la Penitencia es de donde nace el deseo de nuestra santificacion y salud espiritual, y el que nos suministra la preparacion edificante para la vida de gracia á que nos conduce luego la sagrada Eucaristía, que sana por completo las enfermedades del espíritu, fortificando su debilidad para llegar á la vida eterna. Preciso es que, cuando esta debilidad expone á la jóven á los mayores peligros, se la haga conocer perfectamente la horrible tiranía del pecado, á fin de que evite el llanto amargo que arranca su pena y el ver manchado el precioso manto de su inocencia.

Ahora bien: el sacramento de la Comunión, indispensable para la práctica de la virtud, por ser el manantial de los socorros necesarios á la vida del espíritu y la adquisicion de la sabiduría, lo es aun mas como fuente viva de donde brota á raudales la gracia que borra las manchas de la culpa y nos restituye al seno de Dios. Ved, pues, cómo llega naturalmente, y bajo la ilustrada direccion de los ministros del culto, el momento solemne en que la jóven, convenientemente preparada, reciba por la vez primera, y siempre despues, la sagrada comunión

que ha de consolarla de las ofensas que hubiere hecho á su Dios, viéndolas como odiosos pecados. ¡Dichoso momento aquel en que, habiendo suspirado con el candor de la juventud por la calma y salud del espíritu, llega á engalanarse la vez primera con la hermosa blancura de los velos eucarísticos, para perseverar en la fé, borrar la mancha del pecado y abrir en su corazón, con el amor y temor de Dios, un templo santo al culto de las virtudes cristianas! Imposible nos es explicar los vivos sentimientos y fervientes deseos con que la jóven, tímida y arrepentida, se acerca á la mesa sagrada para reconquistar la calma de su espíritu y regenerarlo con la dulce posesion de un Dios que, lleno de amor y ternura, la otorga de nuevo sus gracias celestiales. Ella exhalará uno y cien suspiros de amor y reconocimiento; y despues de haberlo recibido dirá con humilde efusion: «Si, mi Dios: habeis tenido la bondad de uniros tan estrechamente á mí, que nada será capaz de apartarme en adelante de vos. Yo seré la mas ingrata de las criaturas, si usase alguna reserva hácia vos, que me amais sin medida.» Esta jóven atesora ya todos los dones necesarios para perseverar en la virtud, y no olvidará jamás tan dichoso dia, ni las obligaciones sagradas que ha contraído en él para con Dios. La comunión será para ella en adelante el saludable alimento que la haga crecer sensiblemente en virtud y piedad; y una vez acostumbrada á frecuentarlo, sentirá su falta y redoblará sus esfuerzos para conseguirlo, porque obrará en ella el convencimiento de que es necesaria á su alma la sagrada comunión, como lo es el alimento terrestre al mantenimiento de su cuerpo. La inocencia y la piedad darán nuevos encantos á su belleza; y á la vez que su tierna madre descansa tranquila por haber cultivado aquella alma hasta hacerla digna de la gracia de Dios, contemplará con un gozo imponderable la gloria á que su bondad infinita la destina, si persevera en adelante en el ejercicio de todas las virtudes y el cumplimiento de los deberes religiosos que ellas imponen.

L. R. P.

ARMONÍAS DE LA NATURALEZA.

Si sorprendente es la naturaleza por las colosales y numerosas creaciones que escapan al alcance de la inteligencia humana, no lo es menos por las maravillosas é infinitas armonías que ofrece en sus ordinarios fenómenos, resultado de la acción constante de sus eternas leyes, que abisma muchas veces al individuo hasta que penetra en la insondable profundidad de sus causas. A la educación interesa mucho dar á conocer estas importantes armonías de la naturaleza, no tanto por la aplicación inmediata que de ellas puede hacerse siempre, cuanto por el beneficio inextimable de prevenir una lastimosa serie de errores á que de otro modo se expone la débil inteligencia de la juventud que acoge muchas veces sin discernimiento, viciándose para el porvenir, las falsas apariencias de los fenómenos como reales é incontestables principios ó verdades. Reporta además la ventaja de familiarizar en todas las clases sociales un tesoro escogido de conocimientos que sirva de fundamento á la recta dirección de los juicios, á fecundas aplicaciones y útiles descubrimientos en la esfera científica ó material á que consagra después el individuo sus facultades y su trabajo. Así pues, el encantador y florido campo de las armonías de la naturaleza será para nuestras amables lectoras un precioso objeto de estudio, á la vez que de útil y agradable recreo, en medio de la aridez y pesar que han de ofrecerlas algunas de nuestras páginas.

Empecemos esta tarea abriendo en el gran libro de la naturaleza una de las brillantes páginas que registran la radiante hermosura del astro vivificador, cuya poderosa influencia se hace conocer en nuestro globo por tantos y tan sorprendentes fenómenos.

Si los rayos del sol sufren una sensible refracción al atravesar el aire, y son reflejados por las aguas y la tierra, del mismo modo que por las paredes ó muros de los jardines y las casas, de manera que la atmósfera de las poblaciones se advierte como recalentada, no debe ofrecer duda alguna que el calor atmosférico se acrecenta considerablemente con la reflexión de los rayos solares en las hojas de los vegetales, que son numerosos planos dispuestos sobre las yerbas y los árboles.

Muchísimas observaciones nos dan á conocer que nuestro hemisferio se cubre de verdaderos reverberos vegetales á la entrada de la primavera, en la que el erecimiento del calor es mucho mas rápido

que en los meses que la preceden y en los que la siguen. La súbita dulcificación de la temperatura, debida á este fenómeno después del riguroso invierno, ha hecho que al mes en que se verifica se le dé el nombre de *Abril*, cuya procedencia latina, *abrir*, y el sobrenombre de dulce que le suelen dar algunos, significan bastante bien que la causa es el calor con que tan agradablemente se nota la salida del invierno. Este calor se debe indudablemente á la reflexión de los rayos solares sobre el infinito número de hojas que, saliendo á la vez de sus yemas, presentan otros tantos planos en los que se verifica. El inmenso número de hojas barnizadas que ostentan los tallos piramidales de los pinos y abetos que forman los extensos bosques de los países del Norte, aumentan tanto mas esta reflexión, cuanto mas se debilita en las hojas tiernas é inclinadas que presentan en su achatada copa los árboles de la zona tórrida.

A tan admirable efecto se atribuye con razón una gran parte del calor de los estios en el Norte, que tan considerable se hace atravesando los espesos bosques de la Rusia, excediendo algunas veces al sofocante calor de los climas ardientes. Tan notable es este fenómeno, que algunos físicos de justo renombre han pretendido probar por observaciones termométricas, que la suma ó grado de calor era el mismo en el ecuador que bajo los círculos polares. Sin duda ninguna es mas grande el calor en un punto cualquiera de un bosque de abetos del Norte en el estío, que en otro tomado en medio del mar bajo el ecuador, porque los planos reflectantes de las hojas lustrosas de los abetos tienen mayor extensión que la del Océano en un horizonte igual. Será sin duda muy curioso calcular la suma y la diferencia del calor en estos dos puntos; y de este cálculo se podría concluir la de su temperatura. Para formar una idea aproximada del calor que el poder reflectante de los planos vegetales viene á producir en la atmósfera, basta recordar cómo ardieron las naves romanas, unas después de otras, por el simple efecto de los espejos planos dirigidos por Arquímedes á un solo punto. Ciertamente que no se pueden atribuir los calores excesivos que se sienten durante el estío en San Petersbourg á la acción directa del sol, que no está mas de veinte horas sobre el horizonte; es preciso que á ella se una alguna causa reverberante, y esta solo se hallará en las hojas lustrosas de sus bosques.

También los reflejos de la tierra aumentan el ca-

lor del sol, como se advierte por esta sencilla observacion. Una isla es mas caliente que el mar que la rodea; la que es montuosa, mas que la que está descubierta; la cultivada, que la árida é inculta. Allí parece que la luz sale de los vegetales iluminados por el claro sol de mediodia. En este momento las puntas de las espigas de un campo, y de las gramíneas de una pradera, parecen todas luminosas, y la vegetacion de las plantas se apresura por sus propios reflejos. Una espiga de trigo muere mas pronto en una mies que aislada; y las florecillas apresuran mas su vida entre los trigos que en la guarnicion de los jardines.

Pero estos efectos de la reflexion del calor solar por los vegetales son, sobre todo, mas sensibles en las flores, porque ellas presentan proporcionalmente mayor superficie que el resto de la planta, y obran como reverberos que devuelven los rayos solares en todas direcciones. Fijemos la atencion en un rosal florido, y observaremos muy luego que de cada una de sus flores parece salir una llama que se llega á distinguir á veces ó lo lejos como una luz sensible. Imposible es que con esta reflexion de luz no se verifique tambien la del calor de los mismos rayos. Dispuestos los pétalos como en forma de espejos planos, cóncavos, parabólicos, y casi siempre barnizados por una sustancia cerúlea, producen con mas fuerza aun los efectos de las simples hojas, de las paredes y los ariates de nuestros jardines.

Notemos tambien que hay flores perfectamente parecidas al sol, así como las orquídeas imitan la abeja y hasta algunas figuras humanas, por cuya razon se las ha llamado personadas. Las primeras, llamadas soláneas, encierran en su interior una semejanza tal, que alguna puede mirarse como una verdadera topografia del astro del dia sobre la cual tiene tan poderosa influencia. Todos los *aster* llevan este nombre por su semejanza con los astros, de los que imitan hasta los rayos. La margarita con su disco rodeado de pétalos y cubierto de florones, se asemeja bastante á uno de los hemisferios de la tierra con sus órdenes de vegetales dispuestos en espiral. En el seno de una flor, pues, se contiene el plano mismo del sol tal como nos lo muestran nuestros telescopios. ¿Por qué no reconocer los principales lineamientos que bosquejan el sol en estas flores, cuando hay tantas que nos representan figuras de insectos, aves, cabezas de animales y hasta la del hombre? A los botánicos pertenece el cuidado de estas

curiosas investigaciones, aunque muchas veces las hayan despreciado, á pesar de percibirse en ellas las verdades mas comunes.

Sin embargo, las armonías del sol con los vegetales, reconocidas hoy por el mundo ilustrado, deben á los botánicos la determinacion de sus circunstancias. Las flores de algunos, expuestas á la luz solar durante el dia, desprenden reflejos fosfóricos en la noche, tal como sucede á la capuchina bianual, cuyos frutos deben en gran parte al sol sus colores y sabores, y cuyas maderas son especies de esponjas que absorben sus rayos durante el estío para devolvérselos en nuestros hogares en el invierno, porque á estos mismos rayos es debida la luz fosfórica que desprenden durante su descomposicion por el fuego. En fin, ellos llevan marcas evidentes de la influencia particular del sol en las capas anuales de que se reviste el tallo durante su vida.

Los vegetales tienen tambien relaciones muy notables con la luna.

Un pedazo de olmo bien pulimentado á tabla, nos presenta doce órdenes de fibras paralelas en cada una de las caras de su corte longitudinal, por las capas anuales que se marcan en su tronco. Siete ú ocho de estos órdenes de fibras son de un ancho muy sensible por la parte interior del árbol, y apenas se distinguen las cuatro ó cinco del exterior. Estos doce órdenes marcan las doce lunas del año en la capa anual de su tronco, siendo las siete ú ocho mas sensibles producto de las lunas de primavera, estío y otoño, durante las cuales la vegetacion es mucho mas activa, al paso que los cuatro ó cinco exteriores, y apenas sensibles en los cortes, son producto de las lunas inertes del invierno.

Esta observacion, verificada no solo en el olmo sino en los tallos de otros muchos vegetales, prueba evidentemente que las influencias lunares de cada mes, en armonía con las solares de cada año, se hacen mas ó menos sensibles por sus evidentes marcas en los tallos, las raices y las bulbos de muchas plantas, como la cebolla, zanahoria, remolacha, etc., cuyas capas son siempre en número igual al de los meses del año durante los que estos vegetales han vivido.

Seria de desear que se hiciesen extensivas estas investigaciones á otros muchos vegetales, principalmente á los de la zona tórrida, donde la vegetacion es tan activa durante todo el año, y en los que las capas anuales y las fibras lunares han de ser nece-

sariamente tan distintas, aunque en algunos se presentasen confundidas. Porque en la madera de ébano, que la albura es tan blanca y el corazón tan negro, hay especies que presentan el blanco y negro mezclados, no por círculos, sino de una manera irregular. Sin embargo, los círculos anuales y las fibras mensuales son bien sensibles siempre en la madera del anacardo y la rosa.

Resulta de todo, que las hojas y las flores de la mayor parte de los vegetales reflejan los rayos de la luna bajo la influencia de una apacible noche, en la que su luz plateada hace abrir los pétalos al convólculo nocturno de la India, que los cierra durante el día, á semejanza de lo que sucede á otras muchas que, ya se abren durante el día para recibir los rayos solares y reflejarlos mientras á ellas viene su luz en cualquiera direccion, ya se levantan sobre sus tallos y giran lentamente para presentar siempre su frente al astro luminoso desde el Oriente al ocaso.

Si admirables son estos prodigiosos fenómenos, que rodean de encantos la naturaleza, no son menos el interés y la aplicacion que tienen para la persona que hace del cultivo de las plantas ó las flores una parte muy principal de su profesion ó su recreo. Algunas de nuestras ilustradas lectoras sabrán hacer un uso provechoso de estas observaciones para los cuidados que reclaman muchas de las bellas flores, cuyo cultivo les merece una preferencia marcada en sus macetas y jardines.

R. P.

CONTRA LA MENTIRA.

La mentira es un camino muy corto para el que la emplea; pero en el extremo hay un foso donde el mentiroso se precipita.

Conviene no fiarse de los que mienten, cualesquiera que sean los méritos que puedan tener.

No se cree al mentiroso aunque diga la verdad, y es porque la mentira, como una llaga, deja siempre cicatriz.

La verdad, por dura que sea, solo ofende á los débiles y á los tontos.

El que quiere engañar á los demás, se encuentra engañado con frecuencia.

La lealtad vale mas que el oro.

Los labios mentirosos son abominables al Señor; pero los que obran con verdad, le son agradables.

El pan de la mentira es al principio muy sabroso para el hombre; pero mas tarde, su boca se llenará de amargura.

Deponed la mentira; no habéis jamás á los hombres otro lenguaje que el de la verdad.

La verdad es nuestro primer deber, y tambien nuestra primera necesidad.

Si hay una ley moral que el género humano no puede desconocer, y cuya violacion causa remordimientos mucho tiempo antes de llegar á ser un hábito mas tranquilo, es seguramente la ley de la verdad.

Si hay un motivo de seguridad en las relaciones de la vida, alguna cosa que mantenga la confianza y haga posible la sociedad entre los hombres, es el amor á la verdad.

La mentira, que viola esta ley y hace traicion á esta necesidad, es á los ojos de todo el mundo un defecto á la vez vergonzoso y funesto.

La frente de una jóven es el sitio natural del candor; su edad, su sexo, las gracias del uno y de la otra, están muy desacordes con el doblez, con la reserva, con la falsedad, con una ignominiosa duplicidad.

No es raro encontrar mentirosos entre aquellos que por pruebas que su debilidad no puede resistir, por errores de inteligencia que la desgracia y la edad han acrecentado, y por la influencia de los malos hábitos y consejos han sido lanzados del camino recto.

Pero á la niña que crece á la vista de su madre, que no puede haber sido corrompida por el mundo, por sus viles intereses ó por sus tiránicas pasiones, oírle mentir, verla hacer primero ensayos y despues un juego de la mentira, es cosa que tiene mucho de inverosímil, aun en presencia de la realidad; es un hecho que parece contrario á la naturaleza.

Sin embargo, jسته vergonzoso defecto es posible! ¡y pluguiese á Dios que solo fuese posible! pero, lo decimos con dolor: existe; es frecuente sobre todo en las jóvenes; porque la mentira es el arma de la debilidad, y aquellas, que por naturaleza repugnan la ira y la violencia, encuentran de mas fácil uso la astucia y el disimulo.

Cuando el hábito de mentir no está inveterado, es torpe y tímido, y una mentirosa inexperta se siente acusada por su rubor.

Pero un nuevo defecto viene en auxilio del primero; la jóven experimentaria mas vergüenza en confesar una mentira que en cometerla, y entonces la tenacidad prolonga la falta.

Se obstinará en negar contra la evidencia, hasta que la fatiga ó la perseverancia de su madre le arranca una confesion que se le escapa al través de algunas lágrimas.

Cuando el hábito de mentir se arraiga, el corazón de la jóven se hace firme contra el temor, y ya su frente no se sonroja ni arde.

La obstinacion llega á ser seguridad, y es como una segunda naturaleza, horrenda, que ha destruido á la primera, tan encantadora por su sinceridad; se acostumbra á mentir con agilidad y con la máscara de la franqueza: los extragos del mal han sido pronto y crueles.

Otras veces confiesa una parte de la verdad para conciliar mas crédito á su mentira.

Acusada de una falta, conviene en haberla cometido una vez, pero una sola, y espera que con esta confesion, tan leal en la apariencia, hará creer sus negaciones respecto á otras cosas.

Felizmente, una niña llega muy tarde á esta horrible especie de mentira, que vá con la cabeza levantada, con la voz alta y firme, no retrocediendo ante ninguna inverosimilitud, ni cediendo á exhortacion alguna.

La mentira nace á menudo de la necesidad de ocultar las consecuencias de tal ó cual defecto, y la hay que proviene del deseo de satisfacer estos mismos defectos cuando se espera que la verdad permanezca desconocida.

Sin embargo, esta especie de mentira es menos común.

porque supone mas osadía y una experiencia consumada.

La que ha contraído el hábito de mentir, no se limitará á él; otros defectos análogos se unirán á este defecto capital y producirán nuevas consecuencias.

La mentirosa se hace disimulada, se compone un exterior impasible, á fin de que la emocion no haga traicion en su semblante y revele el secreto de su mala fé; su silencio será calculado, y sus reticencias cubrirán sus mentiras.

¿La veis obligada á convertirse en una cómica á su manera, envejeciendo su imaginacion para inventar en la edad de la sinceridad alguna astuta combinacion?

Como tiene mucho que ocultar, es menester que disimule, que deje de ser ella misma, la viva y candorosa jóven, para hacer de su rostro una máscara y de su inteligencia una trampa.

Del disimulo que prepara la obra de la astucia, y que llevado hasta la audacia toma el titulo vergonzoso de hipocresía, se pasa finalmente á la misma astucia puesta en accion; entonces ya no solo miente, sino que tambien engaña.

Así, la funesta influencia de la mentira destruye todos los principios, confunde las ideas, y la madre de familia, turbada en su obra, no sabe ya cuándo debe tener confianza ó desconfianza, alabar ó vituperar, recompensar ó castigar.

He aquí, pues, la grave y triste consecuencia de la mentira en la jóven que autoriza la desconfianza de su madre, dificultando que la educacion moral siga su libre desarrollo.

Tal es el horrible poder del defecto, ó mejor dicho, del vicio que combatimos; pero si la madre es un poco reflexiva, tendrá contra él armas bastante fuertes para exterminarlo.

B. A.

LA INGENUIDAD.

La ingenuidad en una niña es un defecto encantador; pero en la jóven que ha entrado en la sociedad, se toma con mas frecuencia por simpleza que por inocencia.

Cuando la ingenuidad es fingida se toma por tontería y ridiculez, por mucho talento que tenga una jóven para hacer el papel de inocente. El mundo parece un gran teatro en que muchas gentes representan comedias; pero nunca faltan indiscretos que saben y publican lo que pasa entre bastidores. Además, se necesita mucha sagacidad para llevar la máscara de un defecto ó una virtud que no se posee, y justamente las tontas son las que procuran ocultar sus nulidades bajo las apariencias de una ingenuidad con la cual se disfrazan en traje infantil. He aquí un ejemplo de extremada necesidad:

Un día fui á casa de un amigo mio establecido en una villa á doce leguas de Madrid, en la Sierra; y allí me encontré con un guapo negociante que habia ido con su hija á pasar algunos días en el campo. La jóven tenia veinte y dos años, y hubiera parecido muy bien si no hubiese desfigurado su edad dándose aire de niña: «V. es muy bueno. No sé lo que V. quiere decir. — Mamá me lo ha prohibido. — Papá se enfadaria;» y todas estas puerilidades acompañadas de reverencias melindrosas, despues de haber dado una carrera alrededor del jardin. Y el papá se extasiaba exclamando con satisfaccion: ¡Qué niña es mi Inocentina!

Estábamos hablando en un gabinete, y la señorita Inocentina se divertia en mirar por la ventana, cuando de repente

gritó con admiracion y sorpresa: ¡Ay papá, papá! ¡qué animalitos son estos tan preciosos! ¡qué bonitos! ¡qué lindos! ¡Ay! ¡papá mio, cómprame uno! Nos precipitamos hácia la ventana, miramos, y.... ciento contra uno á que no adivináis.... — ¿Tórtolas? — No. — Gazapillos? — No. — ¿Corderitos? — Tampoco. — Entonces no sé. — Pues bien, aquellos preciosos animalitos eran lechoncillos que iban detrás de una puerca. Por espacio de dos días, aquella señorita nos dijo ingenuidades de otro género, que omito por no ser yo mismo demasiado ingenuo, y á cada una no dejaba de soltar la risa el papá exclamando: ¡Qué inocente!

Poco tiempo despues, supe que Inocentina habia sido depositada fuera del hogar paterno por un comisionista de la casa, autorizado judicialmente para efectuar un enlace que el padre se oponia por no ser de *conveniencia*.

Fuerza es reconocer que en el siglo en que vivimos solo los papás y las mamás creen en la inocencia de las jóvenes de veinte y dos años; y desde que han cumplido diez y seis, no falta quien tome la ingenuidad por simpleza y las niñas por hipocresía.

En este artículo, difícil de escribir, debo invitar á las madres á que tengan muy presente que sus hijas no han de ser siempre niñas; á que dirijan su educacion de una manera consiguiente á lo mismo; y sobre todo á creer que la edad en que una muger deja de ser niña, no debe ser tratada como tal, so pena para la mamá de participar del ridiculo que ella misma derrama sobre la cabeza de su hija.

He conocido una jóven muy linda y amable á quien su madre, por una *rancia* y *madrastra* coquetería, tuvo siempre separada de la sociedad que ella misma frecuentaba. Por cierta odiosa rivalidad procuraba evitar una comparacion que ciertamente no le hubiera sido ventajosa. De esto resultó para la hija una absoluta ignorancia de todo lo que pasa en el mundo. Un día la pobre jóven, que entonces tenia diez y ocho años, entró en el salon, y como en él solo nos hallábamos su padre, su madre y yo, le permitieron permanecer allí un cuarto de hora. De repente, para cortar una discusion política que me fastidiaba, me volví á la jóven y le pregunté: «¿Y V., señorita, es comunista ó socialista? — Yo, me dijo vacilando, soy cristiana.» Habia confundido las sectas políticas con las religiosas, y sin embargo nada tenia de tonta, como mas tarde ha demostrado.

En resumen, hay una ingenuidad que prueba necesidad ó ignorancia. En toda niña puede ser prueba de inocencia; pero en una señorita mayor de diez y seis años, se tendrá por tontería ó falsedad.

El medio mas seguro de evitar este inconveniente será no hacer preguntas sobre lo que no se comprende, y no hablar de lo que no se sabe bien. La ingenuidad fingida, aparte de que siempre es ridicula, prueba lo contrario de la inocencia, siendo sumamente difícil semejante ficcion á la que no sea una excelente cómica: las señoritas que afectan una ingenuidad infantil ponen su sinceridad en duda á los ojos del mundo.

T.

POR QUÉ MI TIO MAURICIO NO SE CASÓ NUNCA.

Tenia yo, no há mucho tiempo, un tio viejo, soltero y muy original (dos defectos, ó dos cualidades, como queráis, que á menudo van juntas). La mas original de sus originalidades era, me parece, el ser un *buen original*: en todas sus manías no habia medio grano de egoismo. Im-

posible era encontrar, ni aun siquiera imaginar, un sér que fuese á un mismo tiempo mejor y mas cómico. El recuerdo que de él conservamos sus sobrinos participa de este doble carácter: no podemos pensar en nuestro tío Mauricio sin reír y llorar: ¡era tan festivo, tan buenol!

El lado sério de su originalidad consistía, sobre todo, en dos cosas: ponerse completamente fuera de todos los usos del mundo en lo que tienen evidentemente de ridículo y tiránico; profesar y practicar una franqueza y un horror al disimulo, que daba algunas veces motivo para que se le tratase como á un *hombre del campo*; pero que le valían, aun de aquellos contra cuyas preocupaciones chocaba, una extraordinaria consideracion.

Muy amante de la concordia, sobre todo con los parientes allegados, mi tío Mauricio se había valido de la manera siguiente, para conservarla entre sus cinco sobrinos, de genios, hábitos y aun trajes muy diferentes:—Amigos míos, nos dijo un día, tengo veinte mil buenos pesos de renta. Os declaro que en mi testamento consagro la mitad á obras pías. Si fuérais pobres, ó si no estuviérais desahogados, creeria de mi deber dejaros casi toda mi fortuna; pero todos teneis caudal, y me parece mas importante fundar camas en un hospital, dotar una escuela en mi aldea natal y ayudar á una cristiandad nascente del nuevo mundo á construir una iglesia, que añadir algunos miles mas á las buenas rentas de cada uno de vosotros. Empleada la mitad de mis bienes, como acabo de decir, quedarán diez mil pesos de renta, de los cuales tendreis el quinto cada uno. Que me aduleis ó no, que os sentéis con asiduidad á mi mesa (donde vuestros cubiertos estarán siempre puestos), ó que solo vengais á verme los dias clásicos del año, mi voluntad no cambiará. No desheredaré sino al que sea penado por un tribunal; y aun así, necesitare estar muy seguro de que quien tal desgracia sufriese no habia sido victima de algun error de la justicia humana.

Mucho queríamos á mi tío Mauricio, y nosotros nos amábamos como buenos primos, aunque estimando cada uno en poco las profesiones de los demás. El oficial no era mas que un *bagabundo espadachín* para el propietario campesino, que era calificado de *bestia de albarda* por el sábio profesor de quimica, quien á su vez era una especie de *boticario*, al decir del escribano, el terrible *curial*, como le llamaban los demás. Yo, vuestro servidor, modesto hombre de letras, estaba especialmente despreciado de mis coherederos, por no saber apenas manejar una escopeta de caza, ni poseer, respecto á las cosas del campo, otras nociones que las que se sacan de los poetas, ni entender una palabra de negocios; por haber temado un día á Berzelius por un sábio del Renacimiento, y en fin, porque me consideraban obstinado en permanecer extraño á los progresos de la ciencia y de la industria.

Una tarde del verano de 1850 estábamos los cinco sentados alrededor de nuestro tío Mauricio en la azotea de su casa de campo, inmediata á Saint-Lo. Acabamos de comer (manjares suculentos y muy estimados del químico, que era gastrónomo), y nos servían el café. La vista que se descubria desde la azotea era magnífica: en primer término un camino hondo por el cual pasaban las vacas que volvian de los campos, escoltadas aquella tarde por un pastorcillo que cantaba una canción normanda, cuya letra no distinguia yo bien, pero que por la gracia de su melodía y la encantadora facilidad de su rima me pareció llena de una poesia extraña sin duda para el cantor. Detrás de los árboles que daban sombra al camino, se extendían hermosas praderas, cubiertas algunas de yerba florida, y otras animadas por el movimiento de los segadores y por la alegría de las mugeres que ponian las yerbas á secar. Aquellas

praderas onduladas conducian suavemente la mirada hasta dos ó tres aldeas, cuya casas aparecian al través de una cortina de álamos. Mas lejos, una espesura de venerables hayas cubria las pendientes de una colina, cuyas áridas cimas estaban coronadas por las ruinas de *Blancastel*, destacándose sobre el azul purpúreo del cielo sus arcos rotos y sus torrejones vestidos de yedra.

En tanto que saboreábamos el café, contemplábamos en silencio aquel paisaje, que no era nuevo para ninguno de nosotros, pero que tenia el don de impresionar aun al químico y al notario.

—¡Qué vista tan admirable!... y esos henos parecen de excelente calidad, dijo el *caballero agricultor*, combinando así la poesia y lo positivo del cuadro.

—Siguió un largo silencio.....

Cediendo á no sé qué extraña asociacion de ideas, exclamé á mi vez:—Tío, ¿cómo es que siendo, como sois, rico, pacífico, de muy agradable persona, y pudiendo ofrecer á una muger esta deliciosa habitacion, no os habeis casado nunca?

Es menester que sepais, amable lector, para disculpar esta interrogacion á *quemá ropa*, que mi tío nos dispensaba, y aun exigia de nosotros la misma franqueza y audacia de lenguaje que le eran características. Para él no habia preguntas indiscretas, si bien se reservaba siempre el derecho de no contestar, derecho de que habia usado constantemente cuando le preguntábamos sobre las causas de su celibato; pero esta vez, como estaba de muy buen humor, tuvo lástima de mi curiosidad.

—Amiguito, me dijo, tú andas á la husma de algun cuento, ¿no es verdad?

Aquel tío anciano rodeado de sobrinos jóvenes, tomando café en aquella azotea á la vista de tan bello paisaje, no hará mal efecto como introduccion á una linda novela, que será la narracion de mi tío Mauricio, explicando por qué no se habia casado nunca.

—¿Y por qué nó, tío? dijimos todos. Parece que vuestra historia es interesante, y en verdad el tiempo está tan magnífico y estas vistas son tan bellas, que seria un pecado que nos entrásemos á jugar una partida de villar.

—Pues sea, dijo mi tío; y tú, Héctor (así hablaba al oficial), enciende tu cigarro, porque tú no puedes escuchar sino fumando ó durmiendo.

—¿Os acordais, amigos míos, de una época en que se viajaba en diligencia? Pues bien; mientras los traficantes, los hombres de negocios y las gentes ociosas celebran en todos los tonos la gloria de los ferro-carriles (este medio brutal de locomocion que ha suprimido el viaje para no dejar subsistir mas que el punto de partida y el de llegada), yo echo de menos con pesar las diligencias; y como siempre he tenido valor para manifestar mis opiniones, lo digo muy alto: la diligencia es un puesto de observacion que no podrá ser reemplazado con ventaja.

He nacido muy observador, vosotros lo sabeis; y aun que no me haya mostrado nunca indiferente á las maravillas de las artes ó de la naturaleza, siempre he tenido en mis viajes mas placer en ver hombres, que árboles, edificios ó cuadros.

Pero yo no entiendo por ver hombres el examinar y conocer solamente el exterior ó la corteza de ellos; para tener el derecho de decir que he visto á un hombre es necesario que yo sepa leer en su alma como en un libro, que me haya iniciado en los hábitos de su inteligencia y voluntad, y que haya percibido los matices mas fugaces de su carácter.

Todo esto se hace mal en un salon, donde apenas permanecéis algunas horas con gran ceremonia de trajes y palabras, aderezando artificiosamente y á porfia vuestros sentimientos como vuestra cara, y donde todos están alerta y representan una verdadera comedia.

En la diligencia, por el contrario, se hace vida comun durante algunos dias (se entiende, la diligencia en sus buenos tiempos, cuando se empleaban cinco dias para ir á Lyon, y una semana larga para correr hasta Marsella). ¿Cómo, á no ser un cómico hábil, sostener una ficcion durante tan largas jornadas? ¿Cómo, siendo grosero en el fondo, mostrarse siempre amable y ostentar virtudes que no se poseen? Y sobre todo, ¿cómo ocultar todos sus defectos?

Además, ¿en qué puede fundarse el interés de disimular en diligencia? Las personas que veis una hora en un salon, las volvéis á ver mañana y pasado, y tal vez todo el invierno, en el mismo salon ó en otro. Importa, pues, no presentarse á ellas sino con cierto aspecto amable, dudoso, indeterminado, que hace que todos, excepto los hombres de ingenio ó los originales, se asemejen poco mas ó menos en sociedad. Pero las personas de quienes la casualidad os hace compañeros por una semana en una diligencia, una vez llegada esta á su destino, basta que las saludeis con el sombrero, y todo está dicho; ¿para qué molestarse por ellas?

He observado siempre que, al cabo de cuarenta y ocho horas en un carruaje público, conocia mas á fondo á mis compañeros de viaje que al hombre de mundo con quien me habia encontrado veinte veces en las reuniones de París. En resumen; os aconsejo, amigos míos, que cuando os queráis casar, busqueis muger en un país donde todavía sea posible pasar tres ó cuatro dias en una diligencia con la persona en quien hayais puesto los ojos; se entiende, sin que ella sospeche vuestras intenciones condicionales.

Por lo demás, si queréis aprovechar las grandes facilidades de observacion que ofrece una diligencia, la primera condicion será que tengais un libro en el bolsillo. Tan luego como ocupeis vuestro asiento, debeis empezar á leer; y si vuestros compañeros son enfadosos (lo cual acontece con frecuencia), leéis efectivamente, y en la amable compañía de vuestro libro os consolais sin pena de la insípida sociedad en que os hallais. Si por el contrario, los caballeros y señoras os parecen sugetos dignos de estudio, leéis con un ojo y escuchais con los dos oídos. De cuando en cuando tomáis parte, como distraído, en la conversacion, no sea que se desconfie de vuestro absoluto silencio, ó que os tomen por un espía; y entonces, ¡qué rica cosecha de descubrimientos! no es decir que descubrais secretos de familia, porque no sois un hombre sin delicadeza que procureis indagarlos; pero, lo que es de otro modo interesante, estudiáis el juego de las fisonomías y caracteres: una página viviente de Labruyère se abre á vuestros ojos.

¿Sería una especie de presentimiento lo que siempre me hizo dar tan grande importancia á los estudios proseguidos en esas casas volantes? Lo supongo así, porque toda mi vida se relaciona con un encuentro que tuve el año de 1813 en un interior de las Mensagerías imperiales.

II.

Acababa yo de entrar en los veinte y ocho años. A fuerza de sacrificios, mi padre habia conseguido exceptuarme del servicio militar, y aun de tomar el diploma de soldado distinguido. Habia yo estado enfermo, obtuve licencia para ausentarme durante mi convalecencia, y me disponia á pasar á Italia. Mi padre quiso acompañarme,

tanto mas celoso de atender por si mismo al restablecimiento de mi salud, como que en algunos años habia perdido sus demás hijos. El 15 de Setiembre, á las seis de la mañana emprendimos el viaje en la diligencia de Marsella: debíamos estar siete dias y siete noches en camino.

De nuestros cuatro compañeros, dos han desaparecido enteramente de mi memoria; los otros dos ocupan en ella un lugar que nada del mundo se lo podrá usurpar. Eran una dama de unos cincuenta años y una joven que parecia ser su hija. Yo sabia sus nombres, porque habia tenido la curiosidad de leer en una maleta que aquellas damas mandaron cargar en el último momento: *Señora condesa de los Aubiers, en Machecoul (Loira-inferior)*.

Os haré una descripcion rápida de la madre que, como comprendereis, atrajo mi atencion mucho menos que la hija. Toda la distincion, gracia y magestad que el nacimiento, la educacion, el trato de la mejor sociedad y las grandes desgracias soportadas noblemente pueden añadir á una fisonomía naturalmente bella, las poseia Madame de los Aubiers en grado extraordinario. Tengo de tal modo grabada en mi alma la memoria de aquella amable y respetable muger, que cuantas veces he vuelto á encontrar en la vida, ó en esas pinturas de la vida que se llaman novelas, alguno de los restos venerables de la antigua aristocracia, me ha parecido ver un retrato, pero un retrato mal bosquejado de la condesa de los Aubiers.

Su hija, la Señorita Eugenia de los Aubiers, no era de tipo romano ni griego, no era una belleza regular: detesto esas copias de la estatuaría antigua, que casi siempre tienen algo de la frialdad é inflexibilidad del mármol.

Pero en aquel amable semblante, ¡cuántos detalles seductores! ojos azules en que se leia, como en un lago limpio, la profundidad y pureza de su alma; una boca alternativamente seria ó risueña, guarnecida de dientes blancos y finos; cabellos negros, que salian en bucles espesos y suaves por debajo de su sombrero de viaje: añadid á todo esto una frescura deslumbradora (que los poetas de la época llamaban tez de lirio y de resas); y añadid sobre todo, la vida de aquella cara, la expresion que la animaba y que hubiera llenado de encanto á las facciones mas vulgares.

Jamás he vuelto á ver una fisonomía tan elocuente. Cuando á los primeros albores del dia, sin buscar ni excusar las miradas, la Señorita Aubiers hacia su oracion matinal, me parecia ver un ángel abstraído de todo lo terrenal, un ángel algo apócrifo tal vez, pero enteramente acorde con los gustos alegóricos de la época. Vuelta de nuevo al mundo, los ojos de Eugenia, su frente, sus labios, sus movimientos y maneras mas insignificantes en apariencia, repetian como un eco los incidentes variados de la conversacion. Estos eran: ya efectos del genio alegre mas encantador, ya el sentimiento filial mas vivo y tierno, cuando temia que el cansancio del viaje alterase la salud de su madre, ya en la mirada un santo entusiasmo y cierta inspiracion, cuando escuchaba ó hacia ella misma alguna narracion que conmovia. Tened presente que en aquella señorita nada era supuesto, como se suele decir; que el carácter dominante de su belleza, de su conversacion y de su porte era la sencillez, una sencillez tan distante del desaliño como de la pretension, y que no le permitia sospechar que yo le estudiase tanto al través de mi *Jerusalem libertada*.

Yo era entonces en el fondo, como sabeis, un observador excéptico; discípulo de Larochefoucauld, no podia menos de sospechar que detrás de tan bellas apariencias hubiese oculto algun vicio. Despues del primer deslumbramiento, pasé todo el dia buscando el lado débil de aquella hermosa; pero me fué imposible hallarlo.

Vino la noche, y en vano quise dormir.... púseme á recapitular mis impresiones del día que se reasumían en dos palabras: había pasado doce horas, no con (porque apenas le había dirigido la palabra), sino ante la mas arrebatadora criatura que yo había visto hasta entonces.....

Hice comparecer ante mí, en mi mente, á todas las jóvenes que me habían agradado un momento; cada una tenía su defecto, y un defecto capital que saltaba á la vista y que yo hubiera descubierto en la primera hora de diligencia; una era tonta, otra ignorante, otra pedante (peor exceso), esta pretenciosa, aquella pagada de su belleza, nacimiento, fortuna, ó de su vestido nuevo á veces. Melania era egoísta, Josefina frívola, Malvina mala lengua, Berta, la buena Berta, á pesar de su nombre de la edad media, tan desprovista de imaginación, que su bondad rayaba en necedad, y casarse con ella, hubiera sido encerrarse para siempre en Beocia. ¿Cuál de estos defectos había yo visto indicarse siquiera en la Señorita Aubiers? Sin ser bella, era encantadora; sin ser una Corina, tenía talento, ins-

truccion y un alma abierta á todo lo grande. ¿Pero no bastaba tener ojos para saber que era buena, no con esa bondad blanda que casi es un instinto nada incompatible con un gran fondo de egoísmo y un carácter intolerable, sino con ese sentimiento exquisito y casi sublime que brota de las mejores venas del alma? Sí, y para saber todo esto, para sentirlo, aun entonces que yo solamente veía la consecuencia sin idea del principio, bastaba tener ojos y corazón.

Los sábios hablan de cosas *radiantes* con referencia á la luz y el calor, y esta palabra ha pasado al lenguaje de los poetas que, en mi sentir, han hecho grande abuso de ella; hubiera sido devolverle su verdadera significacion el aplicarla á Eugenia de los Aubiers: lo que yo veía y escuchaba de ella me hacia inferir que debía haber en el fondo de aquella alma como un foco de virtudes y perfecciones de que solo notaba yo algunos frios rayos y pálidos reflejos.

(Se continuará.)



CLAVEL.

He aquí una de las flores de mejor efecto y mas fáciles de ejecutar.

Sin embargo de las reglas que el arte prescribe para la formación de esta flor, recomendamos á nuestras inte-

ligentes lectoras la imitación de la naturaleza, ya que nuestros deliciosos jardines ofrecen abundantes ejemplares con una delicadeza de tintas y una riqueza de follaje del mas admirable encanto.

Hasta la esencia de esta hermosa flor viene á dar su fragancia á la imitacion del arte para reunir en ella todos los encantos.

Los claveles mas perfectos se preparan de la manera siguiente:

Los cálizos pueden ser naturales; y antes de secarlos se llenan de algodón en rama para que no se arruguen. En los que hayan de servir para botones, se cerrarán bien los dientes superiores, despues de rellenos ó guarnecidos interiormente con borra ó algodón en rama basto.

Para hacer una variedad de claveles bastante completa, se preparará papel de todos los colores y jaspes que presenta naturalmente esta flor, entre los cuales son mas conocidos el blanco, amarillo, rosa y rojo de tonos mas ó menos subidos. Los pétalos que se cortarán de este papel serán del tamaño correspondiente segun nuestro dibujo; y para cortarlos con facilidad se tomará un cuadro de papel de nueve á diez centímetros de lado; se dobla cuatro veces, se cortan primero los dientes, y en seguida se les dá la forma completa, sargándolos á cada lado con un cincel puntiagudo. De este modo resultará de cada vez un paquete de pétalos anchos en la parte alta de la lámina, y muy delgados ó estrechos en la parte baja ó la uñuela. Una vez cortados estos paquetes, se despliega la especie de rosa que forma cada uno, y extendido sobre una salvilla, se le jaspea segun indique el modelo: para secarlos se extienden sobre papel de seda. Aunque el clavel sea jaspeado, puede llevar algunos pétalos del mismo color del fondo y del jaspeado. Despues de secos se plegan de nuevo como estaban para deslustrarlos bien, y con las

pinzas se marcan en ellos los pliegues longitudinales.

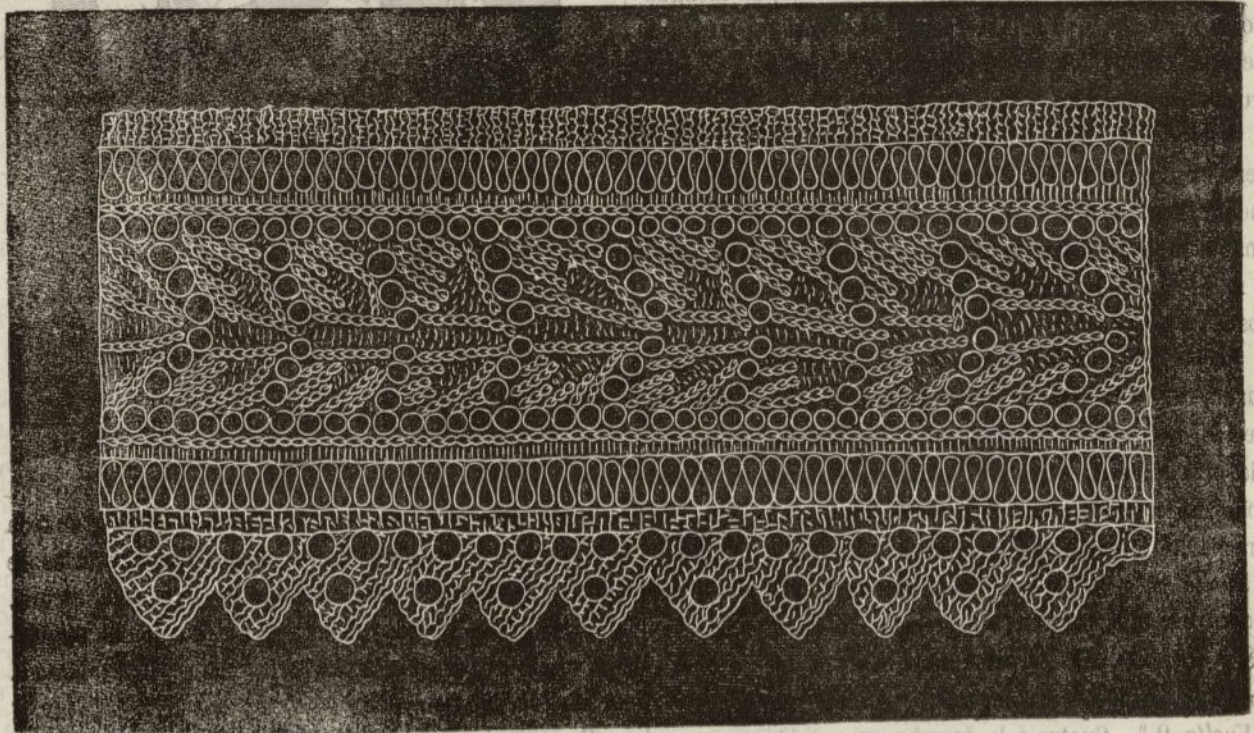
Si el clavel que se quiere hacer ha de ser bien doble ó relleno, basta que la extremidad del alambre en que haya de armarse termine en un pequeño gancho, como el de la aguja de *crochet*, para que los pétalos no se salgan; en otro caso se le ha de formar su corazon como imitando la caja del ovario natural. Se enfilan sucesivamente los paquetes de pétalos en el alambre hasta el número de cuatro, por lo menos, para formar el clavel doble, atándolos bien todos con seda verde hasta los dos tercios de la uñuela.

Para colocarlo ahora en el cáliz, es preciso advertir si este está ó no preparado con su tallo: si lo estuviere, se corta el alambre del clavel, se introduce y pega en el fondo del cáliz; en otro caso, se enfila el cáliz en el alambre de la flor para que este sirva de tallo, que es lo que se hace ordinariamente.

Para formar un boton casi abierto, se mete un solo paquete de pétalos de modo que queden bastante menos salientes que para el clavel.

El dibujo indica perfectamente la colocacion de las hojas en el tallo; mas para que resulten perfectamente dispuestas, es mejor tener á la vista un modelo natural, á fin de acercarse cuanto sea posible á la imitacion de la naturaleza: cuidado el mas principal en la ejecucion de flores artificiales, que de otro modo jamás llenarán el objeto. Despues de concluida la flor, se deja deslizar entre los pétalos una ligera gota de esencia, y tendrá el clavel el exquisito aroma que es tan característico en la flor natural.

L.



PUNTIILLA DE HOJA DE ROSA.

Esta labor, que forma una linda guarnicion para cortinas y sobrecamas, es de un excelente efecto por el primor de su dibujo. Se ejecuta con agujas cuyo grueso depende del gusto, segun que se quiera de punto mas ó menos cerrado; pero siempre es preciso que sus diferentes

órdenes de vueltas resulten perfectamente visibles. Estas vueltas son diez, que se suceden en la forma que vamos á exponer.

Tómense para pié veinte y nueve mallas:
Vuelta 1.ª Cuatro mallas á la derecha ó en llano, un

crecido, un menguado, una á la derecha, un crecido, una á la derecha, un menguado, una al revés, un menguado, una á la derecha, una al revés, una á la derecha, un menguado, una al revés, un menguado, una á la derecha, un crecido, tres á la derecha, un crecido, un menguado, dos crecidos y dos á la derecha.

Vuelta 2.^a Tres á la derecha, una al revés, dos á la derecha, un crecido, un menguado, cuatro al revés, una á la derecha, dos al revés, una á la derecha, dos al revés, una á la derecha, cuatro al revés, dos á la derecha, un crecido, un menguado y dos á la derecha.

Vuelta 3.^a Cuatro á la derecha, un crecido, un menguado, una á la derecha, un crecido, una á la derecha, un menguado, una al revés, un menguado, una al revés, dos á la derecha, un crecido, un menguado y dos á la derecha.

Vuelta 4.^a Seis á la derecha, un crecido, un menguado, cuatro al revés, una á la derecha, una al revés, una á la derecha, una al revés, una á la derecha, cuatro al revés, dos á la derecha, un crecido, un menguado y dos á la derecha.

Vuelta 5.^a Cuatro á la derecha, un crecido, un menguado, una á la derecha, un crecido, una á la derecha, un crecido, un menguado, una al revés, una á la derecha, una al revés, una á la derecha, una al revés, un menguado, un crecido, una á la derecha, un crecido, tres á la derecha, un crecido, un menguado, dos crecidos, un menguado, dos crecidos y dos á la derecha.

Vuelta 6.^a Tres á la derecha, una al revés, dos á la derecha, una al revés, dos á la derecha, un crecido, un menguado, cinco al revés, una á la derecha, una al revés, una á la derecha, una al revés, una á la derecha, cinco al revés, dos á la derecha, un crecido, un menguado y dos á la derecha.

Vuelta 7.^a Cuatro á la derecha, un crecido, un menguado, una á la derecha, un crecido, tres á la derecha, un crecido, tres mallas calceteadas á la derecha como una sola, una al revés, otras tres mallas calceteadas del mismo modo, un crecido, tres á la derecha, un crecido, tres á la derecha, un crecido, un menguado y siete á la derecha.

Vuelta 8.^a Rebájense cinco mallas y continúese haciendo: tres á la derecha, un crecido, un menguado, siete al revés, una á la derecha, siete al revés, dos á la derecha, un crecido, un menguado y dos á la derecha.

Vuelta 9.^a Cuatro á la derecha, un crecido, un menguado, una á la derecha, un crecido, cinco á la derecha, un crecido, tres mallas reunidas á la derecha, un crecido, cinco á la derecha, un crecido, tres á la derecha, un crecido, un menguado y dos á la derecha.

Vuelta 10.^a Cuatro á la derecha, un crecido, un menguado, ocho al revés, una á la derecha, ocho al revés, dos á la derecha, un crecido, un menguado y dos á la derecha.

Téngase cuidado en la ejecución de esta labor de contar siempre sobre los puntos primitivos ó mallas fundamentales, salvando los crecidos de una en otra vuelta, los que se pasarán sin contar y con mucho cuidado para no hacer sobre ellos los aumentos ó crecidos y menguados en las vueltas sucesivas.



PILA PARA AGUA BENDITA.

Esta labor es de una extraordinaria sencillez y de toda la severidad necesaria para este objeto. Las esculturas de roble se destacarán sobre un fondo de terciopelo oscuro, tal como grana ó verde cubiertos. La cruz puede ser, según el gusto, parecida á los ornamentos ó reemplazada por un crucifijo de marfil.

Se cortará una plancha de la forma del dibujo y el tamaño que se quiera dar á la pila; se la cubrirá por un lado con percalina y por el otro con el terciopelo: los bordes de las dos telas se unirán por un repulgo sobre la orilla del cartón, y debajo ó á la parte posterior, forrada de percalina.

Las hojas que lo adornan son de cuero y se hacen del modo siguiente: Se corta un patron igual al del dibujo ó del gusto que se quiera: se coloca sobre una badana y se cor-

tan de ella. Despues de tenerlas en agua para ablandarse, se ponen sobre una tableta forrada con telas de algodón de modo que formen mullido, con el revés vuelto hácia la tela; y con un punzon de punta redonda se marcarán bien las principales nervaduras y se punteará la extremidad de las hojas, replegándolas con gracia: los tallos se enrollarán entre los dedos para que queden cilindricos.

Las hojas se grabarán con una bola sobre una pelota mullida, volviendo sucesivamente el cuero por la cara ó corteza y el revés, segun que se tenga que ahuecar ó dar relieve; y se las dejará secar. Despues se echará sobre la corteza una capa de barniz y por el revés una capa de cola fuerte, cuya operacion dará mucha solidez al trabajo. Las mismas hojas se cortarán colocando el patron sobre la badana en sentido opuesto, con el fin de obtener con un mismo modelo ramas ó hojas diferentemente puestas.

Una vez preparadas las hojas como indica el dibujo, se las colocará sobre el terciopelo, se clavarán y se consolidará bien su pegadura por todas partes con un poco de cola.

La cruz se cortará de la misma badana, se ahuecará ó bombeará por el mismo procedimiento que las hojas, marcando tambien las nervaduras para simular la corteza de un árbol.

C.

MODAS.

Daremos hoy principio á nuestra revista por la descripción del traje que mas puede interesar á una tierna y piadosa madre, que en esta época del año encuentra un motivo poderoso para ver realizados en su joven hija los atractivos y encantos de la belleza por el recogimiento y la oracion. La primera comunión de una joven ha sido el objeto de nuestro primer artículo; y las madres que para este acto solemne de la vida deben haber dedicado grandes vigiliias, numerosos y exquisitos cuidados en la educacion, deben sentir cuando llega una satisfaccion inmensa, y verán con gusto que tambien la ofrecemos una indicacion, aunque ligera, para el traje que debe cubrir el velo de la inocencia en ese memorable dia. Las descripciones de los otros dos trajes que hemos creido conveniente reseñar, y las pinceladas que darán á conocer el aspecto general de la moda, revelan tambien la seriedad de costumbres en que por plazo aunque corto, tiene que mantenerse el mundo elegante.

Traje de comunión.

Gorro redondo rizado, volviendo este hácia atrás y todo alrededor. Vestido alto, fruncido á paja cerrado por detrás. Mangas juntas en lo alto y el puño, anchas por el codo. Esta manga, tronzada al codo, está fruncida en la sangría unos 15 á 20 centímetros de extension.

Un entredos guarnece el puño y la espalda cubriendo la costura. El ancho de la manga, recogido hácia la sangría, está distribuido en pliegues cogidos en la parte del codo, de manera que forman un bello hueco atrás. Ceñidor de cinta núm. 30 atado atrás con cabos sueltos. Falda guarnecida de pliegues entre el repulgo del bajo, que tiene 10 centímetros, y un pliegue de 10 centímetros que llevará tambien pliegues encima. Los dos órdenes de pliegues se componen cada uno de cinco de un centimetro de ancho y á distancia de otro centimetro. Un velo de religiosa con ancho repulgo completa este lindo traje.

Traje de calle.

Sombrero de terciopelo negro y tafetan pensamiento sembrado de oro, adornado con plumas pensamiento y encaje negro. El ala, de terciopelo negro, es acanalada. El fondo, de tafetan pensamiento, es flojo y caído. Una guarnicion de encaje negro, replegada sobre el fondo, pasa hasta el bavolet sin cubrir los lados. El bavolet es de terciopelo negro. Sobre el ala lleva una pluma de color pensamiento muy rizada. Debajo una rama de *casis* negro, de donde parten á cada lado dos plumas pensamiento. Cintas de tafetan pensamiento.

Vestido de tafetan negro guarnecido de terciopelo y con tronzaduras abiertas: hendiduras de tafetan pensamiento.

Este vestido lleva corte á la Princesa ó Isabela, porque es de cuerpo y falda ajustados. Los dos lados anteriores van guarnecidos de tronzaduras al sesgo, disminuyendo de alto á bajo en el cuerpo y aumentando en la falda. Estas tronzaduras están guarnecidas de terciopelo negro, y dejan salida á los huecos de tafetan pensamiento. De alto á bajo lleva una carrera de botones redondos de terciopelo negro y pensamiento. La manga es lisa, de codo, y guarnecida de botones desde este hasta el puño. Un jockey redondo rodea la espalda en el hombro, y un pequeño volante acanalado de terciopelo negro, de tres centímetros de ancho, sale debajo del jockey. Otro volante igual, pero de 7 centímetros de ancho, vá en el bajo de la falda. Cuello con puntas, de blonda de seda, guarnecido de pequeñas bellotas. Manguitas de igual clase, vueltas sobre el puño y atadas por debajo con pequeñas bellotas colgantes.

Traje de señora mayor.

Sombrero de terciopelo imperial blanco adornado con un velo de encaje negro. Bandó de pensamientos de terciopelo bajo el ala en su parte superior. Velo de blonda, y cintas blancas.

Manton de cachemir de la India.

Vestido moaré antique, color de pensamiento, adornado con cinco órdenes de rizados á la antigua, de raso negro.

Trajes de niños.

Son notables la variedad y gusto que se observa en los trajes de los niños, donde parece que las madres ponen el mayor esmero; y entre los mas lindos que cautivan la atencion, haremos notar tres de niñas para cuatro, seis y diez años, que merecen tomarse por modelo.

Para cuatro años, se compone de un vestido de *popeline* á dos faldas unidas, adornado en el bajo con muchas tiras de terciopelo separadas por plegados de tafetan. Cuerpo cuadrado aleman y las mangas cortas. Este gracioso traje, se completa por una linda toca y mangas de muselina.

El de niñas de seis años, consiste en un vestido de tafetan con el bajo de la falda guarnecido de un escarolado, tambien de tafetan. Cuatro órdenes de rizados guarnecen los lados de la falda de alto á bajo. El cuerpo es liso, alto, con un pequeño rizado en vez de cuello: las mangas llevan cinco bullones. Completa este traje una esclavina, forma de manteleta, subida por detrás, abierta al pecho, fija al talle y descendiendo en pirámide hasta el bajo de la falda. Este traje forma un conjunto bellissimo.

Para niñas de diez años, que debe ser algun tanto mas sério, consiste en un vestido de tafetan á cuadritos. La falda vá guarnecida por delante con dos bandas de tafetan pegadas á lo largo, de 10 centímetros de ancho en el bajo, disminuyendo insensiblemente hasta el talle, desde donde vuelve á aumentar sobre el cuerpo que rodea. A las bandas va unida por fuera una guarnicion á cuadritos muy estrecha en el pecho, donde comienza, mas ancha alrededor, donde forma jockey, y que viene á concluir en disminucion en el bajo del cuerpo, que es escotado, cuadrado, con *fichú* derecho y mangas con puños. Las mangas son anchas y guarnecidas de una ancha banda pegada. Este traje es de un carácter infantil muy notable.

Los trajes de niños se marcan por forma y gusto bien distintos á los tres, cinco y ocho años.

Para la menor edad, es una graciosa falda con chupa ó chaquetilla ancha y suelta con bolsillos; de franela blanca con rayas negras. Lleva ancha banda de la misma franela en el bajo de la falda, ligeramente guarnecida en sus bordes.

Para niño de cinco años, es blusa *popeline* guarnecida por delante de cinta de terciopelo en zigzag. Jockey cortado á tres puntos con vuelta á la manga en la misma forma. El efecto de este traje es muy original.

Los niños de mas edad visten ya traje de carácter; pues forma la parte principal de su traje un paletó con bolsillos, de cuello estrecho y mangas vueltas.

Ninguna novedad notable en los sombreros.

Aspecto general de la moda.

El gusto en telas se manifiesta mucho por las faldas milanesas, aunque bastantes prefieren los tisús de un solo

color, principalmente negro, porque convienen á un mayor número de personas de la clase media, y hasta sirven para la triste *toilette* de duelo. El corte mas agradable é ingenioso es de una falda de ancho moderado, abotonado por delante, sin ninguna complicacion de cordones: arrastra bastante y lleva graciosas bandas.

Las zuavas de terciopelo, paño ó cachemir bordadas, siguen favorecidas por un uso casi general, y se llevan tambien cerradas. Las mas elegantes son: cachemir blanco, adornada de arriba abajo por delante con ricos galones de oro y negros, y cordoneado formando ojales: los mismos galones guarnecen las mangas, hendidas por fuera. Otra de paño negro adornada de oro, atacada hasta arriba por presillas, trenzadas y cruzadas con dobles botones.

Los paletós de terciopelo forrados se llevan aun bastante. Los de paño se emplean generalmente para vestir á la *negligé*, y los de hechura casi ajustada están mas en moda entre las jóvenes. Se los guarnece muchas veces con adornos de encaje ó blonda. Esta prenda parece, por su uso tan general, destinada á llevarse en la primavera, con una pequeña modificacion que la aproxime al *pardesú*, con aplicaciones ó adornos de tafetan de color sobre *popeline*.

Los cinturones son de terciopelo ó tafetan, bordados en las caidas, y vienen á ser como un obligado en todo traje de calle ó de *soirée*. Hay en cinturones una variada novedad admirable, en la que el oro, la felpilla y el encaje brillan reemplazando la seda para sus adornos. Los sombreros de terciopelo negro con fondo igual ó raso, caido, bavolet de terciopelo malva, plumas blancas, ramos de frutos y hojas verdes, encajes y blondas blancas ó negras; algunos adornos de terciopelo negro, dan un realce extraordinario á la *toilette*.

El tocado de flores formando medias coronas, colocadas en bandós y dejando descubierta toda la parte posterior de la cabeza, para que los bucles caigan sobre el cuello, son los mas admitidos. Tambien se forman con rosas, *myosotis*, thé y boton de oro, y son de un efecto admirable, así como los buqués de flores iguales en la falda de los trajes de *soirées* ó de baile. Los tocados van siendo objeto de una combinacion artistica admirable.

Los accesorios que completan hoy la *toilette* de una dama, son de una riqueza y lujo extraordinarios. Las camisetas de noche y de vestir, los gorros, las faldas blancas, los pantalones, mangas y cuellos, se hacen de ricas telas blancas y llevan lindos entredoses de precioso dibujo.

Llama la atencion un precioso dige que lucen algunas damas de la alta moda. Consiste este en un rico medallón esmaltado, guarnecido de diamantes, que se abre por el medio y se descubren dos placas de oro, en las que se ofrece en cada una su fotografia perfectamente parecida.

EMILIA R. y R.

MADRID 15 DE MARZO DE 1861.